



EL DUENDE VERDE

Carles Cano

LOS VIAJES
DE PERICOT

Ilustración: Paco Giménez

UN VIAJERO DE TOMO Y LOMO



PERICOT Trotamundos era lo que se dice un viajero de tomo y lomo. Había recorrido de arriba abajo y de un extremo a otro todos los países del mundo, todos y algunos más.

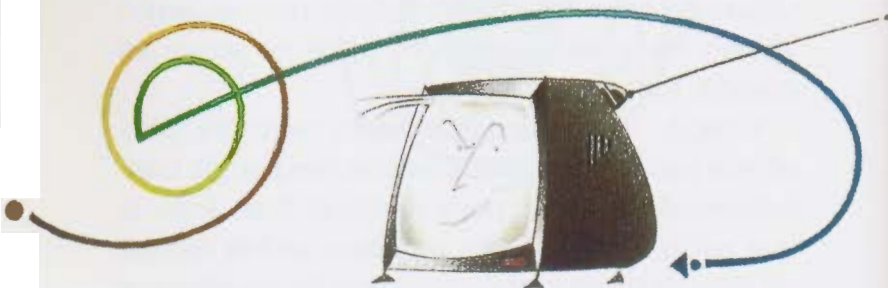
Cuando acabó de dar la vuelta completa, pensó que sería bueno quedarse una temporada tranquilamente en casa para rumiarse bien todo lo que había visto y vivido, e incluso podría escribir un libro de viajes con ilustraciones de aquellos que tanto gustan a todo el mundo.

Con ese propósito se quedó en casa una temporada, pero pronto se dio cuenta de que nunca acabaría de sacarle el jugo a eso de la pluma, y para rumiarlo todo bien no hacía falta tanto tiempo. Así que decidió volver a viajar, que era lo que

más le divertía; pero hete aquí que se le presentó un pequeño problema: ¿por dónde?

Se le ocurrió que quizá recorrer de nuevo el país que hacía más tiempo que no había pisado, sería excitante y se fue muy ilusionado, cargado con sus trastos de excursión.

Pronto regresó decepcionado: todo aquello ya lo había visto. Lo intentó varias veces más, con países elegidos al azar, pero siempre con el mismo resultado: al poco de iniciar el viaje regresaba a casa malhumorado y triste. Se convenció de que lo que necesitaba era llenarse los ojos de cosas nuevas, de gente nueva, de lugares nuevos.



Para pasar el tiempo, se compró un aparato de televisión, que decían que era tan divertida. En un principio le hacía gracia ver a través del aparato todos aquellos lugares en los que él había estado y mucha de la gente que había conocido, a pesar de que, cuando intentaba hablarles, se daba

cuenta de que no podían oírle. Pero al poco tiempo se hartó de aquel trasto que repetía con diferentes personajes películas que siempre eran la misma, y que lo único que hacía era hablar continuamente de desgracias y tonterías. Entre unas y otras, para acabarlo de arreglar, estaban los anuncios llenos de chicas bonitas que, con pérfida sonrisa, te incitaban a comprar las cosas más disparatadas e inservibles. A pesar de todo, uno de aquellos anuncios, aunque no tenía chicas, consiguió robarle el corazón: era una merienda de negros que tenían la intención de comerse con tomate y cebolla a un explorador regordete, que sonreía descaradamente dentro de una gran olla. En un momento determinado, cuando el asunto empezaba a tomar un cariz verdaderamente amenazador, el explorador se sacaba de la manga una tableta de chocolate, la repartía entre los sorprendidos cocineros y conseguía la libertad, con la promesa de traer más «alimento de los dioses» como lo llamaban éstos.

Tras el fracaso del televisor, probó con los libros, ya que todos hablaban de lo maravillosos que eran los imaginarios viajes con la mente. Leer era bonito, sí, pero a él, hombre de acción, le resultaba más sencillo hacer algo que imaginárselo. De todos modos, les tomó cierta afición a